

CAPITULO VIII.

- Lo que te parece, dime,
- De esto, querido hermano :
- ¿Donde hallaré yo á la mano
- Uno, que á partir se anime
- A Inglaterra por servirme?

Balata del rey Estmero.

El joven lor fué la primer persona que Julian encontró en el castillo, quien le recibió con su genio bondadoso y chancero.

—Seais muy bien venido una y mil veces caballero de las Damas, dijo el conde, vos que á vuestro grado recorréis nuestros dominios, re-

cibiendo citas y dando cabo á las aventuras amorosas, en tanto que nos estamos condenados á vejetar en nuestra real cámara, tan fastidiados, tan inmóviles como si Nuestra Magestad estuviera esculpido en la popa de algun barco contrabandista de nuestra isla, y bautizado con el nombre de *Rey Arturo de Ramsay*.

— En ese caso viajariais sobre las olas, y no faltarian aventuras.

— Sí, pero tambien podría suceder que me hiciera detenerme una calma en alta mar, ó un barco de la aduana me parara en el puerto, ó que me quedase encallado en la arena de la costa. Supon que mi real imagen se halla en la mas fastidiosa de todas las situaciones, pues todavía no tendrás una idea de la mía.

— Veo con gusto á lo menos que no habeis tenido alguna ocupacion desagradable. Supongo se han disipado ya las inquietudes de esta mañana.

— Completamente, Julian, y despues de haber tomado los informes mas exactos, no tenemos motivo alguno para creer la insurreccion que se nos hacia temer. Parece cierto que

el tal Bridgenorth está en la isla, pero se dice que negocios particulares é importantes le han obligado á este viage. No trato de hacerle poner preso sin poder presentar alguna prueba de que él ó sus amigos se ocupan en intrigas criminales. En efecto, me parece que nos hemos alarmado sin tiempo. Mi madre habla de consultarte sobre esto, y yo no me tomaré la licencia de anticipar algo á la comunicacion solemne que se propone hacerte. Será, yo lo supongo, en parte apologética; porque ya comienzo á creer que nuestra retirada ha sido poco real y que nosotros hemos echado á huir como el malo sin que nadie pensara en perseguirnos. Con esta idea se aflige mi madre, quien como reina viuda, como reina regente, como heroina, en una palabra como muger, se veria mortificada en extremo al pensar que su retirada precipitada á este castillo la expone á que la pongan en ridiculo nuestros insulares, y por lo tanto está desatinada y de mal humor. Yo, por mi parte, no he hallado diversion durante tu ausencia sino en los gestos y pantomima de la mudita Fenella, que tambien está

de muy mal humor, y por consecuencia hacer mucho mas de lo que nunca viste. Morris dice que es por haberla tú forzado á bajar la escalera de la roca ¿es verdad eso, Julian?

— El relato de Morris no es del todo exacto, porque yo no la he forzado sino á volver á subirla para librarme de su importunidad. Ella queria impedirme á su modo salir del castillo, y con tal obstinacion que no tuve otro medio sino ese para desembarazarme de ella.

— Es preciso que haya pensado seria tu partida peligrosa para nuestra guarnicion en un momento tan crítico. Eso prueba la importancia que pone en la seguridad de mi madre y el caso que hace de tu proeza. Pero, gracias á Dios, ya tocan á comer. Quisiera yo que los filósofos que dicen es tiempo perdido el que se gasta en la mesa, que es pecado el gustar de comer bien, nos buscasen otro pasatiempo la mitad no mas tan agradable.

Tan pronto á lo menos como lo permitió el ceremonial de la casa de la condesa, se acabó la comida, que habia esperado tanto tiempo el conde como un medio para hacer pasar cuanto

antes un dia que no sabia como emplear. Acompañada de sus criadas y de su comitiva, se retiró aquella luego que alzaron los manteles, y dejó á nuestros dos jóvenes y amigos juntos. El vino no tenia entonces atractivo ni para uno ni para otro. El conde tenia movimientos de impaciencia, fastidiado y descontento de la vida monotoná y solitaria que pasaba; y los sucesos del dia habian ofrecido á Peveril demasiados motivos de reflexion, para permitirle buscar materia de diversion que pudiera distraer ó interesar á su amigo. Despues de haberse alargado uno á otro y en silencio la botella una ó dos veces, cada uno de ellos se retiró de por sí á una cortadura de una ventana del comedor; y tal era lo grueso de las paredes, que estas cortaduras formaban una especie de gabinete aislado en cierto modo de lo demas del cuarto.

Estaba el conde sentado hojeando algunos nuevos folletos recibidos de Londres, y manifestando de tiempo en tiempo cuan poco interés ni atractivo le ofrecia esta lectura, bostezando de un modo espantoso, echando al mis-

mo tiempo una mirada por la extension vasta de la mar, que no presentaba mas variedad á su vista que el vuelo de una bandada de pavio-
tas ó de un cuervo marino solitario.

Pevenil, por su parte, tambien tenia otro folleto en la mano, pero sin leerle ni aun tratar de afectarlo. Pensaba únicamente en la entrevista que habia tenido por la mañana con Adelaida Bridgenorth y su padre, y trataba en vano de formar alguna hipótesis que pudiera explicarle por que la hija habia deseado al parecer de repente su separacion eterna, no habiendo razon alguna para creerla indiferente con respecto á él, mientras que el padre, cuya oposicion tanto habia temido, parecia ver sus deseos á lo menos con una especie de tolerancia. Todo lo que pudo concluir fué que podia favorecer ó perjudicar algun proyecto del mayor Bridgenorth, al paso que la conducta de Adelaida le daba motivo para pensar no podia ganarse la voluntad de su padre, sino prestándose á ciertas cosas, equivalentes á una renuncia de sus principios. Pero ninguna conjetura pudo suminis-

trarle la menor idea de lo que Bridgenorth podia esperar de él. No podia imaginar, aunque hubiese Adelaida hablado de traicion, se atreviera su padre á proponerle tomase parte en alguna conjuracion capaz de comprometer la seguridad de la condesa, ó la tranquilidad de su reinecillo de Man. Hubiera habido de su parte tanta infamia en acceder á ello, que le habria sido imposible creer se aventurase alguno á proponérselo, sin estar pronto á defenderse al instante mismo con la espada en mano, de un insulto hecho á su honor. No podia conciliarse un paso de esta clase dado por el mayor, con su conducta considerada bajo cualquier otro aspecto. Ademas que era hombre de mucha calma, de mucha reflexion, para propasarse á cometer una accion mortalmente afrentosa contra el hijo de un antiguo vecino suyo, contra el mismo á cuya madre debia tantas obligaciones.

Mientras que Pevenil se esforzaba en vano para deducir de las diversas insinuaciones del padre y de la hija, algo que pudiese ofrecerle explicacion aproximada de sus ideas,

y en tanto que, como amante verdadero, se ocupaba en realizar el proyecto de conciliar su amor con su honor y su conciencia, sintió que le tiraban un poquito por la casaca, dejó caer los brazos, que durante sus reflexiones tenía cruzados, y volviendo la vista de la perspectiva monótona que la mar le presentaba y de las costas, que también miraba sin saber donde fijar la vista, vió cerca de sí á la mudita Fenella. Estaba sentada en un taburetillo, que habia puesto junto á Julian poco tiempo antes, y sin duda esperaba que advirtiera él su llegada; pero viendo por fin que no la miraba, se decidió á llamarle la atención segun lo hemos dicho. Vuelto de su éxtasis por este movimiento y viendo á Fenella, fijó los ojos en ella, sin poder menos de tomar interés por esta criatura desgraciada.

Tenia el cabello suelto por la espalda, y una parte que caía hasta el suelo formaba como un velo, no sólo al contorno de la cabeza sino de su talle esvelto y gracioso. Por entre sus muchos bucles se dejaban ver sus lindas facciones, que, á pesar de su color mo-

reno, formaban una miniatura encantadora, y sus ojos grandes y negros que brillaban como el fuego mas vivo. Toda su actitud le daba el exterior de suplicante propio de quien no sabe como le recibirá un amigo estimado, y á quien trata de confesar una falta, de dar excusas, ó prometer justificarse. En una palabra, estaba su fisonomía tan expresiva, que, aun siéndole familiar á Julian, con dificultad concebía que no se hubiera mudado. La viveza jovial y fantástica de sus facciones habia cedido el puesto á un exterior entre melancólico y tierno, auxiliada por la expresion de sus bellos ojos, que, volviéndose hácia Julian, parecían húmedos, sin estarlo los párpados.

Peveril, suponiendo que lo extraordinario de esta muchacha tenia por causa el recuerdo del altercado que habian tenido por la mañana, procuró reponerla en su alegría natural haciéndola comprender que no habia conservado el menor disgusto por lo sucedido entre ellos. Sonrióse bondadoso con ella, tomola una mano entre una de las suyas, mientras que con la familiaridad de quien la conocia desde niña

pasaba la otra por sus largos rizos. Ella bajó la cabeza, como si esta simple caricia le hubiera causado á un tiempo vergüenza y placer. Continuaba él en la misma posicion, cuando sintió de repente bajo el velo formado por sus largos cabellos, en la otra mano, con que tenia asida la de Fenella, un beso ligero dado por los labios de la interesante muda, y que tambien estaba mojada con alguna lágrima.

Presentóse al momento á la imaginacion de Julian, por la primera vez en su vida, el peligro de que se intrepretara mal la familiaridad que se tomaba con una joven incapaz de comprender sin el auxilio de los ojos. Retirando al instante la mano, y mudando su actitud, la preguntó, por una señal ya sabida, si tenia que darle algun recado de parte de la condesa. Fenella mudó al momento de semblante. Estremecióse, volvió á sentarse en el taburete como un relámpago, levantó los hermosos rizos de sus cabellos y los arregló con la mayor gracia. Cuando ella puso los ojos en Julian, estaban todavía sus megillas morenitas animadas por el rubor; pero la expresion lánguida y

melancólica de su mirar se habia trasformado en aquella viveza inconstante que le era peculiar. Tenia la vista mas encendida de lo que acostumbraba, su lenguaje era mas expresivo y mas penetrante que nunca. Respondió á la pregunta de Julian poniéndose la mano al costado izquierdo, gesto con que siempre designaba á su ama, y levandose, tomó el camino del cuarto de la condesa, haciendo seña á Julian para que fuese tras ella.

No era grande la distancia desde el comedor al aposento, donde iba Peveril guiado por la muda. Con todo eso, mientras la recorria, tuvo bastante tiempo para sufrir cruelmente agitado de un temor repentino, si esta infeliz muchacha habria interpretado mal la bondad con que siempre la habia tratado, y si, por consecuencia, hubiese concebido por él un sentimiento mas tierno que el de la amistad. La desgracia en que una pasion tal podia sumergir á una criatura ya tan desdichada, y de sensaciones tan vivas, se le presentaba bajo un aspecto bastante sombrío, procurando por lo mismo alejar de sí toda especie de sospecha, y

formó al mismo tiempo la resolución de portarse en lo sucesivo con Fenella, de modo que llegase á reprimir un sentimiento desarreglado, si por desgracia le habia dado entrada en su corazón.

Cuando llegaron al cuarto de la condesa, ya encontraron todo lo necesario para escribir, y muchas cartas cerradas sobre la mesa que tenia ella delante. Recibió á Julian con su bondad acostumbrada, y despues que le mandó sentar, dijo por señas á la muda que volviese á su trabajo. Fenella se puso al instante junto á un bastidor de bordar, donde, sin el movimiento de sus ágiles dedos se la podria tener por estatua segun la inmovilidad de su cabeza y ojos fijos en lo que hacia.

La condesa, en el concepto de que por faltarle un sentido, no podía su presencia incomodarla en su conversacion aun la mas confidencial, comenzó á explicarse con Peveril tan libremente como si estuvieran los dos solos.

— Julian, le dijo ella, no es mi ánimo quejarme á tí de los sentimientos y conducta de

Derby. Él es amigo tuyo, es hijo mio; tiene talento, viveza, y con todo eso.....

— Señora, dijo Peveril, ¿de qué sirve formaros vos misma motivos de pesadumbre, parando la vista en defectos, que mas deben atribuirse al cambio de tiempos y costumbres que á los sentimientos de mi noble amigo? Esperad que se le proporcione ocasion de cumplir sus deberes tanto en paz como en guerra, y acusadme por no haber sabido juzgarle, caso de que no se conduzca de un modo digno y correspondiente á su rango.

— Muy bien, replicó la condesa, ¿pero no me dirás cuando la voz de su deber le llamará con mas fuerza que la del placer mas futil y capaz de hacerle gastar una hora en la dejadez? ¡Cuán diferente era el genio de su padre! ¡Cuántas veces me ví en la necesidad de suplicarle cediese algun tanto de la rigida exactitud con que cumplia las obligaciones que su elevado nacimiento le imponia y que tomara el descanso necesario!

— Pero debeis convenir, milady, en que los

cargos de vuestro respetable esposo eran en razon de aquellas circunstancias mucho mas urgentes que los del deber de vuestro hijo actualmente.

—No sé nada. A lo que parece aun anda la rueda, y se pudieran producir escenas semejantes á las que presenciaron mis primeros años. ¡Nada importa! no hallarán ellas á Carlota de la Tremouille despojada de energia aunque oprimida con el peso de los años. De esta materia justamente queria yo hablarte, amigo mio. Desde que nos conocimos la primera vez, desde el momento en que ví tu conducta, desde que me presenté á tus ojos cuando aun eras niño, como una aparicion que salia del retiro, en casa de tu padre, he tenido toda mi complacencia en mirarte como un digno vástago de los Stanley y de los Peveril. Me glorio de que el modo con que te has educado en mi familia, ha correspondido á la estimacion que te tengo. No exijo que se me den gracias: tengo que pedirte en recompensa un favor que tal vez no dejará de ser arriesgado para tí, pero que nadie mejor que tú puede

hacer á mi casa en las actuales circunstancias.

—Vos habeis sido siempre, mi querida y noble ama, milady, al tiempo que mi tierna protectora, podria tambien decir mi madre. Vos teneis un derecho para mandar en todos los corazones que reciben movimiento y vida de la sangre de los Stanley, y toda la que circula por mis venas es vuestra.

— Los avisos que recibo de Inglaterra, Julian, tienen mas apariencias de un delirio que de informes regulares, cuales debia yo esperar de unos corresponsales como los míos. Sus expresiones son como las del que habla en sueños, y cuyos discursos sin orden dan una idea de lo que pasa en el sueño. Se dice haberse descubierto una conjuracion verdadera ó supuesta, que sus autores son los católicos, que tiene ramificaciones muy extensas, y que infunde mas terror que la del 5 de noviembre. Los detalles que se dan son increíbles, y no se fundan mas que en el dicho de las gentes mas viles y menos dignas de fe que pueden ha-

llarse; mas con todo el pueblo inglés les da oídos acreditándolos del modo mas estúpido.

— Es una ilusion bien singular, milady, querer que haya una insurreccion sin fundamento alguno verdadero para suponerla.

— Yo no soy beata, primo Julian, aunque católica. Temo, hace ya mucho tiempo, que el celo laudable de nuestro clero en hacer prosélitos, excite sospechas en la nacion inglesa. Han renovado sus esfuerzos desde que el duque de York se declaró en favor de la fe católica, y este mismo suceso ha redoblado el odio y las inquietudes de los protestantes. Confesaré ademas que pueden ellos tener razon de temer que el duque de York sea mejor católico que buen Inglés, y que, produciendo en él la beatería el mismo efecto que en su hermano, la avaricia y las necesidades, efecto de la prodigalidad, se hayan puesto con la Francia en relaciones por las que la Inglaterra tenga demasiados motivos de resentirse. Pero las groseras y manifiestas calumnias de una conspiracion de asesinato, sangre y fuego; los ejércitos que ya les parece tienen á la

vista, las supuestas matanzas, forman un cúmulo de mentiras que se hubieran creído imposibles de digerir ni aun por el vulgo mas embrutecido, sea cual fuere su gusto por todo lo que tiene algo de horrible ó maravilloso. A pesar de todo, han creído tales imposturas las dos Cámaras del Parlamento, y no se permite dudarlas sin exponerse á ser llamado con el odioso nombre de amigo de los papistas sanguinarios, y fautor de proyectos bárbaros é infernales.

— ¿ Pero qué presentan contra estos rumores ridículos las personas que parecen mas interesadas en desmentirlos? ¿ Qué dicen los católicos Ingleses? Esta es una corporacion rica y vasta compuesta de un gran número entre los mas nobles.

— Tienen el corazon muerto en el cuerpo, están como carneros encerrados en el matadero, esperando que venga el matachin á escoger el que le agrada. Los despachos concisos y oscuros que me han enviado no hacen mas que anticipar su ruina y la nuestra: tan

grande como todo esto es el abatimiento general, tanta la desesperacion universal.

— ¿Pero qué dice el rey, qué los protestantes realistas, de la tempestad que contra ellos se prepara?

— Carlos con su habitual prudencia y egoismo cede á la borrasca; y consentirá que la cuerda y el hacha sellen el destino de los mas inocentes de su reino antes que perder una hora de diversion, para salvarlos. Con respecto á los realistas, ó se han dejado abatir como los demas protestantes en general por el mismo delirio, ó están á la expectativa, y se quedan neutrales; temiendo manifestar algun interés en favor de los infelices católicos, por miedo de que no los confundan con ellos, y que los tengan por fautores y cómplices de la horrible conspiracion que se les atribuye. En efecto no puedo culparlos. Es difícil esperar que una mera compasion por una secta perseguida, ó lo que todavía es mas raro, que un amor general por la justicia, tengan bastante poder para excitar á los hombres y exponerlos al furor de un pueblo cuyo resen-

timiento se alarma porque quien rehusa, en la agitacion general, creer la menor mentira de las acumuladas por estos infames delatores, debe contarse denunciado como un hombre que intenta paralizar el descubrimiento de la insurreccion. Esto es ciertamente una tempestad espantosa, y por muy distantes que nos hallemos de la escena en que se oye el ruido que lleva, debemos suponer se sentirán aquí bien pronto sus efectos.

— Lor Derby me ha dicho algo de esto, y aun añade que hay en esta isla ciertos agentes con el ánimo de promover una insurreccion.

— Sí, respondió la condesa echando centellas por los ojos al decir esto, y si mi parecer se hubiera seguido, se los habria ya cogido en el hecho, y hubieran servido de ejemplo á cuantos se atrevieran á formar el proyecto de venir á practicar un tal mensaje en este principado independiente. Pero mi hijo, que ordinariamente es tan culpable por su negligencia tan grande en la administracion de sus negocios, ha tenido á bien encargarse de esto cuando las circunstancias son críticas.